



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Conflictos de identidad

Autor: Zea Aguilar, Leopoldo

Forma sugerida de citar: Zea, L. (1987). Conflictos de identidad. *Cuadernos Americanos*, 5(5), 97-109.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año I, núm. 5, (septiembre-octubre de 1987).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CONFLICTOS DE IDENTIDAD

Por Leopoldo ZEA
CCYDEL-UNAM

Es acaso ésta la vez primera que vamos a preguntarnos quiénes éramos cuando nos llamaron americanos, y quiénes somos cuando argentinos nos llamamos.

¿Somos europeos? ¡Tantas caras cobrizas nos desmienten! ¿Somos indígenas? Sonrisas de desdén de nuestras blondas damas nos dan acaso la única respuesta. ¿Mixtos? Nadie quiere serlo, y hay millares que ni americanos ni argentinos querrían ser llamados. ¿Somos Nación? ¿Nación sin amalgama de materiales acumulados, sin ajuste ni cimiento? ¿Argentinos? Hasta dónde y desde cuándo, bueno es darse cuenta de ello.

Domingo Faustino Sarmiento, 1883.

1. LA BASTILLA Y LA LEY

LA DERROTA de los militares en Malvinas sacudió al pueblo de la Argentina de una especie de letargo al que el militarismo lo había sometido. Y con el letargo el tener que aceptar una realidad que parecía simple pesadilla. La realidad de la guerra sucia del mismo ejército, vencido por los británicos, hecha en contra de una parte de su propio pueblo. La brutalidad de la represión indiscriminada salió a flote, algo que no se ignoraba pero que no se quería aceptar. ¿Desapareció alguien? "¡Algo habrá hecho!" o "¡Por algo será!" Se fueron conociendo formas de represión que hacen de los *Ciento veinte días de Sodoma* de Sade un cuento de Calleja. La brutalidad de los campos de concentración en Alemania de la Segunda Guerra se repetía en sus horrores. No se ignoraba eso pero no se lo quería aceptar como realidad, era algo que el hombre no quería aceptar y prefería quedar callado. La fácil rendición

del ejército represor de los argentinos ante otro ejército puso fin al autoengaño. ¡Había algo tan brutal que no se podía seguir ignorando! Y de ese algo era responsable el ejército que sólo había podido actuar como policía represor entre los suyos. La dolorosa derrota de Malvinas, dolorosa porque Malvinas es algo inserto en la carne del pueblo argentino, fue el despertar de una larga pesadilla para entrar ahora en la realidad de la misma. Fue este despertar el punto de partida del pueblo argentino para reclamar su derecho a autogobernarse. Éste fue el inicio de la recuperación de su democracia. Democracia que se hizo expresa en las elecciones en las que el pueblo argentino eligió nuevamente a sus gobernantes y eligió al presidente radical Raúl Alfonsín.

Fue a partir de este despertar y la recuperación de la democracia que se dio inicio al juicio más extraordinario de la historia contemporánea, juicio a los responsables, no de la derrota en Malvinas, sino de las brutalidades cometidas por los mismos militares sobre su propio pueblo. El más extraordinario juicio porque se hacía a un cuerpo armado, con los instrumentos de represión intactos en las manos de tales verdugos. En Nuremberg fueron enjuiciados los responsables de los crímenes cometidos por el fascismo; pero fueron enjuiciados por el ejército que los había vencido. Ya sin armas, y por carecer de ellas, sin la arrogancia del que se hace valer por ellas. En la Argentina el juicio lo hizo el gobierno civil elegido por el pueblo, sin otras armas que las de la propia moral, las armas del derecho atropellado. Juicio extraordinario hecho por un pueblo desarmado al verdugo armado. Juicio a un ejército que había olvidado sus orígenes, los que le marcó José de San Martín, el defensor del pueblo y al servicio del pueblo. Un ejército represivo que tuvo el cuidado de comprometer a todos sus miembros. Ninguno de los miembros de ese ejército podría lanzar piedra alguna contra los autores de los crímenes cometidos. Todos eran responsables, desde el más alto al más bajo. Responsables en la obediencia a lo que ese ejército consideró necesario para mantener lo que llamó el orden de la patria. Lejos de acusárselos de tales crímenes, deberían, por el contrario, ser felicitados. Habían triunfado en la guerra sucia, y con ello, habían cumplido con su misión. Lo de Malvinas era un cuento aparte. El pueblo argentino y su gobierno, sin más armas que el derecho, enfrentaron esta arrogancia. Enjuiciaron, encarcelaron y condenaron a los más altos miembros del ejército, presidentes o no de facto.

La cadena de los responsables de los crímenes contra el propio pueblo fue mostrando su extensión; un eslabón enviaba a otro. Por ello el ejército bien armado empezó a inquietarse: ¿Hasta dónde

piensan seguir estos civiles? Así se recibió la todavía no claramente comprendida visita del Papa Juan Pablo a la Argentina, después de visitar a Chile bajo Pinochet. Visita pastoral, de paz, de reconciliación, se dijo, en que se pidió a los argentinos, como antes se pidió a los chilenos, olvido de agravios. ¡Hay males mayores que la represión sufrida! ¡Es peor la represión ideológica como la sufrida en pueblos como el polaco! Los males en Chile, la Argentina y el Uruguay son sólo circunstanciales, y por ello transitorios. Males son los que podría originar la aprobación de la Ley del Divorcio, los reclamos de la Iglesia de los Pobres y las Teologías de la Liberación. Ésos sí eran males que habían de combatir los pueblos unidos. Unidos víctimas y verdugos y juntos luchar por un mundo más justo. ¡Reconciliar! ¡Perdonar! ¡Olvidar!

Apenas salía el Pontífice de las tierras al Sur de esta América cuando se hicieron, de inmediato, los reclamos de los militares en que se pedía, no ya el olvido, sino la justificación de los crímenes por los que estaban siendo acusados. Había que parar los juicios, éstos no podían ir más adelante. Los vencidos de Malvinas recordaron al pueblo argentino que aún tenían las armas y con las armas el derecho de decisión. Así vino la Semana Santa en la que la arrogancia militar volvió a ponerse de manifiesto. Arrogancia que se estrelló contra algo que antes no había sucedido, la arrogancia del propio pueblo argentino que mostró que no tenía miedo a las armas, aunque sabía que podían ser usadas contra él, pero no contra su derecho. La arrogancia militar no se atrevió a usar las armas contra un pueblo que se le enfrentó masivo y desarmado e incluso trató de expulsarlo de Campo de Mayo. El tanque enviado para amedrentar a los enojados miembros de este pueblo tuvo que retroceder poco a poco. El levantisco líder del alzamiento militar tuvo que replegarse, "nos autolimitamos", "nos autoreprimimos", "podíamos usar las armas pero no quisimos hacerlo", también pudieron expulsar al presidente Alfonsín de la Casa Rosada, pero no quisieron hacerlo.

El presidente Raúl Alfonsín, hablando ante el Instituto Internacional de Prensa, reunido en esos días en Buenos Aires, dijo: "Quiero que recuerden al mundo, que los argentinos no hemos tomado La Bastilla, y que con las solas armas de la ley hemos puesto punto final a la impunidad, y que los jueces han sancionado a los principales responsables de nuestra trágica historia reciente". El problema, comentan los propios argentinos, es que los culpables siguen ocupando La Bastilla. Y desde La Bastilla se amenaza aún a la democracia que tan difícilmente ha sido recuperada por el pueblo de esa nación.

2. EL PUEBLAZO

El presidente de la Argentina, Raúl Alfonsín, puso en marcha el gobierno de la ley, sin la cual un pueblo no es nación. La ley que debe ser respetada por todos los ciudadanos, estén armados o no. Alfonsín es la expresión de esta ley como presidente constitucional y que constitucionalmente actuaba para poner fin a las aberraciones de la fuerza. La llamada guerra sucia no debía repetirse. El olvido, la amnistía que empezaba a solicitarse, incluyendo el perdón papal, no era posible, si no se quería caer en los viejos vicios. Eugene Thomas, presidente de la Asociación de Abogados de los Estados Unidos, después de visitar la Argentina declaraba: "La amnistía no disuade, olvida. El castigo disuade". Los responsables de la inhumana represión deberían responder de sus crímenes. Nada ni nadie puede legalizar la tortura, el sadismo y la bestialidad cometida por hombres contra hombres. No se puede alegar que se obedecían órdenes, cualesquiera que éstas fueran, sin que su moral previamente las haya aceptado como buenas. Esto se hizo expreso en los Juicios de Nuremberg, mostrando "que una conducta puede ser ilegal a pesar de la clara orden emanada de un oficial superior". Por ello "la gente civilizada —sigue Thomas— responsabiliza a sus congéneres por la conducta criminal para disuadir a otras personas". Sólo juzgando y castigando puede la ley ser respetada y, con la ley, el orden que es propio de naciones civilizadas. Tal intento hace el presidente Raúl Alfonsín. No era una venganza la que se ponía en marcha, sino el imperio de la ley.

Pero contra esta ley pronto se alzarían los culpables de su violación. Gritan: "¡Amnistía y olvido!" Esto es necesario, porque la justicia estaba ya enfrentando una cadena que iba abarcando a todo el ejército. La ley por sí sola no cuenta; necesita de las armas para disuadir. Pero ¿quién tiene las armas? ¿Los acusados de su abuso! Esto había que entenderlo y pasarlo; lo hecho, hecho estaba y además, ¡bien hecho! Los mismos hombres que pretendían exculpar sus crímenes en nombre de la "obediencia debida" se negaban ahora a obedecer. Se negarán a comparecer ante la justicia; sobre la ley de la nación estaba su peculiar ley, la propia de la fuerza de las armas, la ley de la selva. La pasada Semana Santa se convertiría en la Semana del Pueblo, ante el inicio de la desobediencia de los militares. El miércoles 15 de abril el mayor Guillermo Barreiro se niega a presentarse ante la justicia y toma el Regimiento 14 en Córdoba. El 16 el teniente coronel Aldo Rico se traslada a Buenos Aires y ocupa la Escuela de Infantería en

Campo de Mayo. Algún oficial dice con entusiasmo: los "Soldados de Cristo Rey están en marcha".

¿Se iban a repetir los sucesos de 1962, cuando se expulsó de la Casa Rosada a Arturo Frondizi y en 1966 a Arturo Illia? En esos casos la gente, el pueblo, seguía con sus ocupaciones cotidianas sin dar importancia a hechos que anulaban su voluntad. Ahora iba a ser distinto: la gente, el pueblo, salió a la calle en todo el país, Alfonsín no saldría como otros presidentes constitucionales. El pueblo se jugaba, en esta ocasión, el todo por el todo. Sucedió algo muy importante: ya no temía al ejército, ya no se temía a las armas. Eran las mismas armas que no habían servido para defender la soberanía nacional, atropellada por el extranjero en Malvinas. El pueblo se manifestó tumultuosamente en todas las plazas e hizo algo más, se movilizó a Campo de Mayo para someter desarmado a los sediciosos armados. Las imágenes que la televisión internacional mostró al mundo son un testimonio extraordinario. El pueblo desarmado, a pecho abierto, encarando a jóvenes militares con los rostros pintados, nerviosos y con la mano en el gatillo de la metralleta. El pueblo tenía que actuar porque el ejército se negaba a someter a los amotinados. La obediencia debida, que enarbolaba para justificar el asesinato de civiles, no funcionaba en cuanto se trataba de obedecer órdenes contra el propio cuerpo militar. Pero la presencia del pueblo, que evitó un nuevo atropello, mostró que la Argentina tenía un extraordinario cuerpo defensivo, el del propio pueblo. El Sábado de Gloria se convertía en el Sábado del Pueblo. El día del inolvidable pueblazo.

"Los sublevados —escribió un comentarista argentino— no tenían medios para imponer al gobierno su máximo objetivo: una amnistía. El gobierno no tuvo medios para acabar con la sublevación como debía ser: rendición incondicional". Esta situación era de empate político frente a un pueblo enojado, dispuesto a jugársela como lo había mostrado, enfrentándose en Campo de Mayo al sedicioso Aldo Rico y su gente. No quedaba sino negociar y, de no negociar, la guerra civil. El presidente Raúl Alfonsín eligió el amargo camino de la negociación y parte de esa negociación sería la ley, ahora aprobada, de "Obediencia Debida". "Debió haber aprovechado", dicen algunas gentes, "el apoyo popular sometiendo a los sediciosos". Otros: "El debió disolver al ejército al otro día de asumir el poder". ¡Así de fácil! A lo largo de su gobierno el presidente Alfonsín había estado previniendo a su pueblo de la libanización en que se podía caer si la fuerza se impone a la ley, por débil que fuese esta ley. La revolución institucional debía seguir, pero sin la toma de La Bastilla. Este camino sería para el

pueblo argentino una nueva frustración. ¿Pero qué gobernante democrata y civilizado envía a su pueblo a una guerra civil? Antes Eugene Thomas había declarado: "Ustedes tienen un Presidente notable que está tratando de hallar un equilibrio entre las necesidades de la situación y la necesidad de un mensaje que diga: *Nunca más*".

El presidente Raúl Alfonsín, explicando a su pueblo y al mundo la decisión tomada por su gobierno, de limitar el merecido castigo a los culpables del abuso de las armas, dijo: "Los riesgos que se corrieron durante esos días fueron inmensos. Nuestro país estuvo cerca de un enfrentamiento cuyas consecuencias todavía nos estremecen: estuvimos casi al borde de una guerra civil". "Pero también en esos días se expresó de manera dramática... el desencuentro entre civiles y militares"; era la síntesis de medio siglo de la historia de ese país. ¿Qué hacer? Algunas personas me preguntaban en mi visita en esos días "¿qué hicieron ustedes los mexicanos en su revolución?" Contesté que el ejército que dejó Porfirio Díaz asesinar a Madero. Por ello hubo que crear otro ejército. Pero esta creación llevó más de una década de guerra civil. ¿Qué gobernante civilizado quiere esto para su pueblo? Porque esto es algo que sólo los pueblos deciden sin consultar.

3. LA ARROGANCIA FRENTE AL PUEBLO

EL presidente de la Argentina, Raúl Alfonsín, en su mensaje al pueblo del jueves 14 de mayo donde anuncia el proyecto de Ley de Obediencia Debida, decía entre otras cosas: "Hace pocos días, durante Semana Santa, a los argentinos se nos vino encima el pasado". "Salimos a las calles, a las plazas de toda la República para defender a la democracia, casi como si se tratara de defender nuestra propia vida". "Supimos entonces que la democracia no era concesión de nadie, sino que todos la ejercemos de pleno derecho". Pero ¿qué es lo que se vino encima?" Más "de medio siglo de historia argentina, el desencuentro entre civiles y militares". Desencuentro que parte de una historia más vieja, y propia de los pueblos en esta América que hace más de siglo y medio tuvieron que sacudirse los avíos impuestos por el colonialismo ibero, y con estos avíos, los hábitos y costumbres igualmente impuestas para afirmar el servilismo, como los cuerpos de intereses de grupos sociales al servicio de la Metrópoli y no de las nuevas naciones. El mexicano José María Luis Mora ya escribía sobre esto al iniciarse la independencia política de México: habló de los cuerpos de intereses del clero y la milicia

puestos al servicio de la Metrópoli represora. Alcanzada la independencia, estos mismos cuerpos sólo buscarían afirmar sus fueros e intereses. Sólo revoluciones como la de Reforma en 1856 y la de 1910 en México cambiaron esta situación. En otros países de esta misma América, esto ha sido imposible. La Argentina sufre ahora en carne viva algo que debía haber sido ya rebasado. El ejército argentino exige, como en la Colonia, leyes especiales que disculpen sus actos, cualesquiera que ellos sean. No se consideran instrumento del Estado puesto al servicio de la Nación: la Nación son ellos.

"Desafortunadamente en la Argentina —sigue Alfonsín— la concepción sobre el papel militar se ha basado en una suerte de entelequia según la cual resultaba ser misión de las Fuerzas Armadas preservar el ser nacional más allá de toda organización institucional". "El militar hace, en realidad, una profesión del empleo de las armas". Pero "el depositario de las armas debe reprimir sus impulsos y tener una conciencia permanente acerca de quién le dio las armas y para qué se las dio. Se las dio el pueblo para atender prioritariamente las eventuales posibilidades de conflicto armado. Se las dio el pueblo para que actúe, en definitiva, en la defensa de la Nación, siempre respetuoso del orden constitucional". ¿Ha sido así? Desgraciadamente no; el viejo paternalismo impuesto por la Colonia sigue privando y el ejército se sitúa sobre la voluntad del pueblo, se convierte en la entelequia que en su nombre y para su bien ha de decidir sobre él. Aquello que afecte sus intereses de cuerpo acaba siendo enfocado como un ataque al mismo pueblo, en nombre del cual actúa, aunque el pueblo en concreto, en sus múltiples individuos, sea reprimido. En 1930 esta cadena de vejaciones al pueblo, en nombre del pueblo, la inició el general José Félix Uriburu, eliminando al gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen. A partir de entonces, sólo lagunas institucionales siempre bajo la espada de Damocles de los militares.

El peronismo es, en sus orígenes, una expresión de este militarismo, pero transformado en populismo por la inteligencia política de su creador, Juan Domingo Perón. Un militar que se impone a otros militares y ofrece al pueblo salidas demagógicas para su sorda miseria. "Nos dio dignidad a los trabajadores", dice con orgullo un viejo obrero electricista. Los militares se enfrentan como dragones verdes y gorilas, y a continuación, la llamada Revolución libertadora del militarismo más reaccionario. El peronismo, ya sin Perón, se transforma en una opción para el pueblo. Luego viene el terrorismo en el que se embarca a los jóvenes que siguen a Perón, de acuerdo con el proyecto del mismo, expuesto en sus

cartas a John William Cooke. El terrorismo para vencer a la facción militar triunfante sobre Perón, pero no para los supuestos cambios sociales, de estructuras, en que soñaban los jóvenes que se hicieron terroristas. El propio Perón, a su regreso a la Argentina, con el triunfo que le dio el mismo pueblo en las urnas en 1972, empezó de inmediato a reprimir el terror que él mismo había aconsejado; allí está la matanza de Ezeiza el mismo día de su regreso. Perón y luego su viuda iniciaron la represión, la guerra sucia, que después con tanta eficacia continuaron los militares golpistas.

Fueron así los militares, en sus pugnas internas, los que originaron tanto el terrorismo como su brutal represión. La represión que alcanzó a toda política que en alguna forma afectase tanto sus intereses de cuerpo como los intereses externos que encontraron en ellos buenos servidores. En 1976 se acrecentó esta actitud, que ahora afecta tan hondamente al pueblo argentino. La represión alcanzó no sólo a los terroristas, sino a toda expresión del pueblo que reclamase aquello para lo cual el ejército debía haber servido. En especial fue perseguido el peronismo, que había rebasado ya socialmente a su oportunista creador. El abuso de poder llevó al militarismo a la represión que en 1982 antecedió a la guerra de Malvinas. La toma de Malvinas, un acto demagógico para rehuir el ya incontenible enojo popular. Guerra iniciada bajo la creencia de que los servicios que en el exterior se estaban prestando al imperialismo estadounidense iban a ser reconocidos. La Gran Bretaña se mantendría quieta porque así convenía a los Estados Unidos frente a un gobierno que en el Cono Sur le ofrecía buenos servicios, como lo mostró la invasión a Santo Domingo en 1975 y la organización militar mercenaria contra la revolución en El Salvador y Nicaragua. Los Estados Unidos de inmediato mostraron su preferencia. Estaban con la subpotencia que en Europa podía ayudar a mantener a raya a la Unión Soviética. Sobrevino la derrota y con ello la humillación de un ejército que no había podido cumplir con su principal obligación de defender la soberanía de la Nación.

El ejército triunfante en la guerra sucia fue fácilmente derrotado en su enfrentamiento con el ejército inglés, que mantenía bajo su dominio tierra argentina. Paradójicamente un representante de este mismo ejército derrotado, el ex comandante que rindió Malvinas, Luciano Benjamín Menéndez, se negará arrogantemente a ser juzgado por crímenes en la guerra contra argentinos: "Ningún país del mundo —declaró— juzga ni pone presos a sus militares victoriosos". ¿Victoriosos sobre quién? ¿Sobre el pueblo argentino?

4. PROBLEMAS DE IDENTIDAD

Los únicos que "pueden apresar o juzgar militares son los vencedores, que lo hacen con sus enemigos vencidos", declara el ex comandante Menéndez al ser citado ante el tribunal que, de acuerdo con la ley, enjuicia a quienes han cometido delitos de violación de los derechos humanos. De acuerdo con la tesis del ex comandante, sólo los británicos, vencedores en Malvinas, pudieron enjuiciar a los militares vencidos y no lo hicieron. Pero no puede hacerlo un pueblo sobre el cual el mismo militar se declara vencedor, y de ello se muestra extraordinariamente orgulloso. ¿Quiere esto decir que el pueblo argentino debió o debe tomar La Bastilla? ¿La Ley de Obediencia Debida, aprobada para evitar una guerra civil, es sólo el reconocimiento que el pueblo argentino tiene que hacer de su propia derrota ante un cuerpo que debía servirlo? Esto duele y sordamente parece extenderse como veneno en las venas de un pueblo que ha hecho ya expresa su decisión de no renunciar a su derecho a la autodeterminación interna y externa. La arrogancia militar sólo podrá hacer de cultivo a esa guerra, cuya responsabilidad ningún gobernante puede asumir.

¿Qué hacer con este arrogante cuerpo? ¿Expulsarlo de La Bastilla, aniquilarlo para formar un ejército que haga suyos los ideales de los ejércitos libertadores, los de San Martín, Bolívar, Sucre, O'Higgins? Se habla de reducirlo, y de hecho se lo está haciendo justificadamente por la situación económica que, como el resto de la América Latina, vive la Argentina. Se habla de reeducarlo y también de abrirlo a otros grupos sociales que no sean los de la vieja élite que por generaciones considera como propia esta carrera. "Nunca más, para bien de la Nación, para bien de sus Fuerzas Armadas —dice el Presidente Alfonsín— habrá minorías, civiles o militares, que puedan creerse depositarias del destino nacional y sumirnos en el desprestigio y en la violencia". Y ésta nunca más puede tener como única opción la violencia. Por ello es difícil la decisión de un presidente civil y constitucional, sólo armado de la ley ante un pueblo cada vez más irritado.

¿Qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿En dónde está el origen de esta situación que puede converger en la no deseada libanización de la Argentina? Son estas preguntas las que se hacen los mismos argentinos. Lo cual los está llevando a una vieja pregunta, a un viejo interrogante: ¿qué clase de pueblos somos? ¿Qué somos? ¿Cuál es nuestra identidad? Un interrogante que no es ni ha sido exclusivamente argentino, sino de todos los pueblos de los que es parte la Argentina; la América Latina. La movilización que a lo

largo de toda la nación hizo el pueblo en defensa de su democracia, en la pasada Semana Santa, puso de manifiesto la posible respuesta a este interrogante. La movilización, espontánea, libre, fue el fruto de una decisión general del pueblo argentino en sus diversas y concretas expresiones, por encima de las diferencias partidarias e, inclusive, raciales. Radicales, peronistas, socialistas, liberales; pero también blancos, occidentales y cristianos y "cabecitas negras". Presentes las dos Argentinas que a lo largo de una historia común se han enfrentado, marcharon ahora juntas, reclamando el respeto a su derecho a la autodeterminación interna y externa. La Argentina de Córdoba que bajó del norte y la Argentina que ha tomado su asiento en Buenos Aires. La Argentina supuestamente bárbara y la Argentina civilizada, como diría Sarmiento. La Argentina criolla y mestiza y la Argentina que el proyecto civilizador de Sarmiento, Alberdi y su generación originaron, con un lavado de sangre y de cerebro, tratando de crear algo así como los Estados Unidos de la América del Sur. La Argentina que se enfrentó a sí misma, como federalista y unitaria, la de Rosas y la de Sarmiento. Esta Argentina dividida, que aún se pretende presentar en la pugna política peronismo-radicalismo, creo que entró en crisis en estos días de movilización popular. Es un pueblo que ha encontrado su identidad, que está aceptando una identidad que no puede ser encubierta con lavado de cerebro o de sangre alguna.

"¿Qué somos?" Se preguntan algunos jóvenes sacudidos por los últimos sucesos de la Argentina. "No somos americanos, nuestros padres bajaron de los barcos llegados de Europa. Tampoco somos europeos, la guerra de Malvinas nos demostró que no lo éramos". Pero también los españoles y portugueses bajaron de los barcos y muchos grupos indígenas llegaron del Pacífico en piraguas y canoas. Este problema lo expresaba Héctor Murena en *El pecado original de América*. Somos europeos en el destierro, decía Jorge Luis Borges. Pero ¿qué pasa entonces con la otra Argentina, la de Córdoba que baja del norte? Esta Argentina no fue cubierta por el proyecto civilizador, los emigrantes sólo vinieron a desempeñar el papel que en el resto de la América Latina tuvieron los indígenas, trabajar para los dueños de las tierras. No hicieron tampoco otros Estados Unidos, sino una nación que, como el resto de las naciones latinoamericanas, tiene que vencerse a sí misma, aceptar su ineludible identidad y defenderla de las fuerzas externas que tratarán, una y otra vez, de manipularla en su beneficio. La Argentina blanca, occidental y cristiana de la que aún hablaron los golpistas militares, hizo crisis en Malvinas, ya que allí se dio a esta nación el mismo trato que se ha dado y se está dando al

resto de la América Latina y a los llamados pueblos del Tercer Mundo.

Así lo entendieron muchos años antes los argentinos que en la reunión de Washington, en 1889, en que se proyectó la Unión Panamericana de acuerdo con la Doctrina Monroe, gritaron: "No América para los americanos, sino América para la Humanidad". Así lo entendió también la juventud que en Córdoba, en 1918, habló de la "Hora Americana"; así lo entendió el radicalismo que con Hipólito Yrigoyen puso énfasis en las relaciones de la Argentina con la América, de la que es ineludible parte. Así lo entendieron José Ingenieros, Manuel Ugarte, Alfredo Palacios y otros muchos. Así lo entendió también el peronismo que habla de Patria Grande y que con su acción ha mestizado a la Argentina de Rosas con la de Sarmiento. Un ejército arrogante y represor sólo se explica en un contexto en el que un pueblo no acierta a unir las partes que lo componen, presentándose como garantía de orden.

5. REENCUENTRO CON LA PATRIA GRANDE

PROBLEMAS de identidad son problemas de pueblos que, como los nuestros, han entrado a la historia bajo el signo de la dependencia. Pueblos que además se han mestizado pese a la renuencia de sus conquistadores y colonizadores, como sucedió en esta Nuestra América de que habla José Martí. Enfrentadas etnias y culturas entre sí, las del conquistado y el conquistador, las del colonizado y el colonizador y aun las del supuestamente bárbaro y su civilizador. Problemas de identidad de cuya interpretación se derivan problemas de dominio, como el de los que se consideran los legítimos herederos de los colonizadores sobre quienes se consideran sólo instrumento. Y con ello, guerras civiles que se van dirimiendo por las armas. Y con estas guerras la prepotencia del guerrero que sólo sabe de las armas y del orden propio de quienes las portan. Así ha sucedido en toda esta América llamada Latina; los candentes restos de este sufrimiento se hacen aún sentir en muchas de sus regiones. Y aprovechándose de esta misma división y sus violentas expresiones, fuerzas extrañas empeñadas en mantener su hegemonía, la hegemonía ahora del colonialismo que ocupa el vacío de poder dejado por la conquista de Iberia. Por ello, sólo la ineludible asunción de la propia, aunque encontrada identidad, podrá poner fin a esa reyerta familiar y con ella a la prepotencia de ejércitos que hacen de su fuerza instrumento para nuestro propio servicio, en lugar de ser sus guardianes frente al abuso exterior.

Quizá este medio siglo de historia reciente de la Argentina, del que habla el presidente Raúl Alfonsín, está llevando al pueblo de esa Nación al reconocimiento de esa su ineludible identidad, y con ello, a soldar sus partes, a asumirlas como propias, y a partir de esta asunción, a actuar con otras naciones en otra relación que no sea ya la de dependencia. Ningún hombre nacido en esta región puede considerarse ajeno a ella, ni considerarse en un destierro que nunca podrá terminar. Se es argentino como se es mexicano o peruano, pero también americano. Nuestra historia es común, como comunes son nuestros problemas, por lo que ellos pueden ser resueltos también en común.

La Argentina de hoy está mostrando que así es como sucede. Su gobierno está ya nuevamente presente en acciones y proyectos comunes a toda la región, y en lo que de común tenga con otras regiones en situación semejante a la latinoamericana. A todo esto ayudará extraordinariamente la presencia de un pueblo que, como el argentino, ha demostrado estar dispuesto a hacer suyo el derecho a darse el gobierno que exprese su voluntad y a defender el mismo cuando sea atacado por fuerzas extrañas a esta voluntad.

¿Cuál debería ser entonces el centro del gobierno de esta Argentina que está encontrándose a sí misma y a su indivisible identidad? ¿Córdoba? ¿Buenos Aires? Se ha presentado y aprobado una tercera opción, Viedma, más al sur y más alejada de los centros de las dos Argentinas. El presidente Alfonsín, al proponer el cambio de capital, parece presentarlo como doble símbolo: por un lado, como expresión de la nueva y difícil etapa democrática del pueblo argentino y, por el otro, para la reconciliación de las Argentinas en conflicto y para potenciar regiones que por su distancia con el centro no han alcanzado el suficiente desarrollo. ¿Se recoge aquí la vieja tesis sarmientina de "Gobernar es poblar"? ¿Se moviliza una capital para poblar y acrecentar el desarrollo local? Si así fuese, se podría programar el cambio de capital cada veinticinco años, por ejemplo, y así cada región se poblaría y desarrollaría.

Otra explicación sería la de la ciudad ideal de Tomás Moro, la utopía a partir de la cual se irían asumiendo las diferencias. Pero, ¿no sería éste un proyecto propio del subdesarrollo, de la dependencia? Ningún país, ningún pueblo que ha hecho historia cambiaría su capital, una capital hecha por la historia, por otra en que la historia habría de iniciarse. La capital de Inglaterra siempre será Londres, la de Francia, París, salvo bajo la ocupación alemana que cambió a Vichy por estrategia de sus ocupantes. Nunca Roma dejará de ser la capital de Italia, ni Madrid de España y así hasta el otro

lado del Atlántico, en donde Washington será siempre la capital de los Estados Unidos.

Sólo existe un ejemplo distinto en Europa, el de Rusia, que por acuerdo del zar Pedro el Grande, pasa la capital de Moscú a Petrogrado, después de ser previamente construida.

Capital que no surge de la historia, sino de una decisión, la de quien le da su nombre, para así rebasar el propio pasado; para ser otra Europa, como los argentinos y muchas naciones latinoamericanas han querido ser otros Estados Unidos. Petrogrado se transforma en Leningrado con la Revolución de octubre de 1917. Pero es la misma Revolución la que decide volver la capital a Moscú; porque allí está la historia que le da justificación y la ha de relacionar, no ya con la siempre lejana Europa, sino con los pueblos que al oriente serán parte de la Unión Soviética, nación de naciones, patria de patrias. Pedro el Grande traslada la capital a Petrogrado para pretendidamente vencer, aunque sea simbólicamente, la supuesta barbarie de la vieja Rusia, y el ineludible mestizaje de los pueblos con los que se ha formado, tártaros y mongoles.

¿La nueva capital, proyectada para la Argentina, va a simbolizar una historia que, quiérase o no, ha sido hecha y con la cual ha de cortarse o, como querían Descartes y los utopistas, empezar algo como si nada estuviese hecho? ¿Será éste el símbolo de la Argentina que nace al asumir su pueblo el derecho a actuar de acuerdo con su voluntad? ¿Se va a combatir el desarraigo externo con un desarraigo interno? No lo sé, son sólo reflexiones surgidas en relación con la historia de un pueblo que de muchas formas es también mi pueblo y el de todos los de la región. La historia de un pueblo cuyos dolores duelen a quienes de muchas formas los consideran como propios. Los problemas de la Argentina son sólo problemas de los pueblos que, como todos los nuestros, son de muchas formas comunes. Son dolores propios del desarrollo que, a pesar de todo, se está dando en esta región, sin tener por ello que ser otros Estados Unidos u otra Europa. Problemas difíciles los que hoy afronta el pueblo argentino y su democrático gobernante. Quizá allí se está forjando una salida, no sólo argentina, sino latinoamericana. Salida latinoamericana que ha de empezar por reconocer la propia identidad, la que, aunque no se quiera, se lleva consigo como se lleva la propia sombra.